

en los que se refiere a la totalidad del libro, las explicaciones antes mencionadas de tipo campestre (por ejemplo: «aquel riego tan claro / muy de mañana, el más beneficioso») el maniqueísmo de suponer a los hombres del campo profundidad ontológica, certeza, frente a la carencias de las mismas en los hombres del asfalto, resulta difícil considerar este libro sin una cierta reserva.

Sin embargo, hay poemas que escapan a esto y logran un tono mucho más alto: «Visión a la hora de la siesta», «Alto jornal» y algunos más. Es, pues, un libro de transición en el que la nostalgia del campo y su vida sencilla (según la entiende Rodríguez, no, por ejemplo, García Lorca, como puede verse en su teatro, por no irnos al terreno de la antropología para señalar lo complicado y «artificial» de esa supuesta vida sencilla rural); un libro que adopta un lenguaje intencionalmente realista, con expresiones desusadas propias del cancionero y el romancero español («nuevica», «ved que es cosa», «doncellas», «alicas», «salid», «ved»). Que yo sepa los críticos no han señalado nada de esto. Me pregunto por qué. ¿Creen que por eso va a ser peor poeta? Claudio Rodríguez ha escrito varios de los mejores libros de su generación, pero creo que hay que explicar por qué y cuáles, y no ser ciegos ante sus defectos y extravíos, que los hay, como los hay, por otra parte, en Aleixandre, Jorge Guillén, Antonio Machado y Alberti, por sólo poner ejemplos de poetas notables. Para comprender a Claudio Rodríguez hay que situarlo dentro de cierta tradición española, y nada se consigue si se dice (pero no se muestra) que hay una notable influencia de Eliot. No la veo por ninguna parte; son dos poetas que nada tienen que ver, a pesar de que el poeta zamorano haya pasado mucho tiempo traduciendo a Eliot (una traducción que nunca ha sido editada). ¿Qué tienen que ver *Four Quartets* y *The Wasted Land* con *Alianza* y *Condena* o *El vuelo de la celebración*? Creo que nada, son caminos distintos, formas diversas de entender el poema y también el mundo.

III

La poesía de Claudio Rodríguez se hace deudora de un sentido principalmente, la visión; ésta, en sus momentos de mayor esplendor, se llama contemplación. De esta forma la contemplación se convierte en la palabra central de su poética, en el modo singular de operar poéticamente. En ocasiones, lo que ve el poeta tiene tintes fuertemente realistas. En otras, su visión es de carácter trascendente y nos hace notar su imposibilidad de escribir, nombrar, cifrar lo que está viendo y sintiendo. Levanta el poema sobre el escenario del suceso, por decirlo así; de ahí esas continuas apelaciones a que veamos lo que él está viendo, o esa manera de señalar el suceso fuera del poema. En ocasiones, la cesura está bien resuelta y nos hace titubear un momento. De esta manera se nos abre, a nosotros como lectores, el tiempo hacia ese espacio donde todo parece haberse cuajado; en otras, lamentablemente, nos hallamos en la tesitura de creer o no al poeta. Yo particularmente, en momentos así, prefiero no

creer al poeta que me pide que lo crea: la poesía no es un acto de fe: hay que tocar, ver, oír. Tocar para creer. Esta actitud contemplativa de Rodríguez casi se constituye en una poética que es, a su vez, una ética. Cito los primeros versos del poema «Porque no poseemos», de *Alianza y Condena* (1965):

Porque no poseemos,
vemos. La combustión del ojo en esta
hora del día, cuando la luz, cruel
de tan veraz, daña
la mirada, ya no me trae aquella
sencillez. Ya no sé qué es lo que muere,
qué lo que resucita.

La mirada poética no tiene dueño, carece de consignas, de sometimiento a una intención distinta de sí: la mirada arde con esa hora del día, se funde con lo que ve y así se desposee; sólo la celebración la hace vibrar un momento sobre las palabras del poema. Con el paso del tiempo, como ya se ve en este mismo poema, Rodríguez va ahondando en la duda sobre qué es nacer y qué morir, tema principal de su último y reciente libro, *Casi una leyenda*, (1991), pero no abandonará el espacio sagrado de la infancia entendido como el lugar donde se le revelaron las claridades más profundas. Poco a poco, se hace sentir que Claudio Rodríguez va desplazando esa primera vivencia de carácter místico de su primer libro hacia la comprensión de la experiencia como concordancia entre ser y existencia. El poeta tratará de ser fiel a esa experiencia como única posibilidad redentora frente a los extravíos de los discursos adultos, el mundo de la ciudad y los enquistamientos de la sensibilidad con la pérdida de la inocencia. Ahora bien, la inocencia sólo la reconquista a través de su pérdida, cuando comienza a tomar conciencia de su desaparición.

Junto a la impotencia del decir, tan característico de muchos momentos de su poesía, encontramos ahora una reflexión sobre la capacidad de decir del lenguaje y concluye manifestando que «el nombre de las cosas» «es mentira y es caridad». Las palabras son «Cáscaras», «máscaras», y por lo tanto hay que ahondar en ellas, morder «la dura cáscara», escribe Rodríguez, para alcanzar, aunque nunca se llegue, «la celda donde cuaja el fruto». Esto nos recuerda a Valente y su imagen de la mandorla, tumba y resurrección del fruto, palabra que late en lo hondo, y, en este caso, realidad sencilla y verdadera; la sombra que al abrirse manifiesta su cualidad de semilla: luz, mirada, germinación.

Este descubrimiento, esta constatación, hace que Rodríguez convierta su obra en un «hondo oficio de inocencia», un «oficio de sencillez». Esa es su búsqueda, aunque la sencillez de Rodríguez sea un poco complicada. Por lo pronto es contradictoria: poesía llena de exclamaciones antitéticas e interrogantes que nos conducen a puertas que no sabemos si están abiertas o cerradas. Por ejemplo: «¿El cuerpo / es la pregunta o la respuesta a tanta / dicha insegura?» («Sin leyes», *Alianza y condena*). Por un lado nos sitúa la sencillez, la epifanía, la creación, el amor, el campo, la tierra aden-

tro; por el otro, el resultado del paso de los años y con ellos la dramatización de la experiencia. Aunque él sitúa lo sagrado en un espacio más o menos concreto que coincide con el de su infancia, el tiempo que de verdad le interesa es el del origen. El origen entendido a la manera romántica, como unidad primordial y crítica de la historia. Para Claudio Rodríguez como para Baudelaire, el futuro no tiene ningún encanto: no es la esperanza de lo nuevo sino el deseo de la aparición, aquí, de lo primero, de ese origen antes mencionado. Las continuas observaciones sobre el mundo natural (aves, cosechas, vientos) le sirven a Rodríguez como señal, como modelo sugerente para buscar entre los hombres lo que ha perdido, naturalidad. Constata la pérdida pero también su hallazgo, porque «siempre / hay un hombre sencillo y una mañana clara». Este es el centro de gravitación, el espacio del deseo de Claudio Rodríguez: esa mañana que, fundadora, se vuelve fundamental. Esa mañana de la mirada que es semilla:

Cuando todo se vaya, cuando yo me haya ido
quedará esta mirada
que pidió, y dio, sin tiempo.

El vuelo de la celebración

Juan Malpartida



NAVIGATIO